

# Cristo y la Humanidad

## El Dios-Hombre versus el Hombre-Dios

**Michael S. Horton**

© 1994, 1998 Alianza de Evangélicos Confesantes

Los Cristianos Evangélicos son a menudo críticos de la Ilustración (el Siglo de las Luces), especialmente por su racionalismo. Descartes cambió la base de la autoridad de la Escritura, la tradición y la iglesia al mundo interno de la mente individual: “Pienso, luego existo.” Todo lo demás está vacante pero puedo estar seguro que existo debido a mi racionalidad.

Y aún así tenemos la tendencia a ser grandemente influenciados por la reacción a esta manera de pensamiento en la forma del Romanticismo – el movimiento del siglo 19 que cambió el fundamento del conocimiento de la razón de uno mismo a la experiencia y la intuición de uno. Aunque podríamos pasar apuros para localizar en nuestros himnarios algo como, “¿Me preguntas cómo sé que él vive? No puedo estar seguro de que él vive hoy, pero fue una persona histórica que puede ser estudiada,” sí tenemos la versión Romántica, “¿Me preguntas cómo sé que él vive? Él vive dentro de mi corazón.” La respuesta Cristiana a la Ilustración, después de todo, fue doble: El ortodoxo intentó enfrentarse a las objeciones científicas e históricas de frente, empleando la razón y los argumentos históricos, mientras que los pietistas aceptaron una tregua con la Ilustración si la última simplemente les reconociera a los últimos el territorio señalado como “espiritual.” De esta manera, al secularismo se le concedió el mundo público de los hechos reales, la historia real, el tiempo y el espacio reales; a quienes tenían inclinaciones religiosas se les concedió el Liechtenstein de la experiencia religiosa. Emmanuel Kant (siglo 18), educado en el pietismo, en donde la religión – de todos modos – era considerada principalmente un asunto del corazón, nos dijo que la religión pertenecía al ámbito “numenal” (i.e., “espiritual”) – fuera del alcance de la investigación racional, histórica o relacionada con las evidencias, mientras que el ámbito “fenomenal” incluía los hechos reales de la historia y de la ciencia que pueden ser verificados como habiendo realmente ocurrido. Eventualmente, esta adaptación de la distinción Platónica entre el ámbito de la “Idea” (la forma perfecta en el cielo) y la “Materia” (la copia imperfecta en la tierra) llevó a la noción de que la idea religiosa era inconocible aparte de la experiencia personal y la historia de Cristo descrita por los apóstoles fue vista como la “espiritualización” de los hechos reales con respecto a este hombre extraordinario. El Cristianismo se hallaba más allá de la investigación racional y los “mitos” de la vida inicial de Jesús formaban parte de una historia “espiritual” – muy diferente, digamos, de la historia de las Guerras Gaélicas.

El liberalismo moderno fue el producto del entorno pietista y, de hecho, la mayoría de los arquitectos del modernismo teológico fueron pietistas en orientación, trasfondo y temperamento. Friederich Schleiermacher (siglo 18), el padre del liberalismo moderno, buscaba hacer relevante al Cristianismo para los “culturalmente despreciados” de la fe histórica y ortodoxa. Hizo esto al relacionar al Cristianismo con el Romanticismo, un asunto del corazón en lugar de un asunto de credo o verdad histórica. Las doctrinas clásicas de la Trinidad, las dos naturalezas de Cristo – su encarnación, muerte vicaria y resurrección, ascensión y segunda venida – eran todas piezas de un equipaje innecesario que se atravesaban en el camino de los poetas, los sentimentalistas y los moralistas del momento. Muy parecido a los Griegos antiguos, quienes demandaban un evangelio

de sabiduría moral en lugar de “Cristo y éste crucificado,” la generación de Goethe pensaba que el Evangelio Cristiano era “necedad” y “tropezadero.”

¿Por qué era ese Evangelio una piedra de tropiezo? Si podemos contestar esa pregunta podemos entender un poco mejor el porqué la Navidad no tiene mucho sentido en el mundo moderno (o posmoderno).

Los Griegos adoraban a dioses que sabían cómo hacer que las cosas se hicieran. Eran poderosos, valientes – algunas veces hasta el punto de la brutalidad. Pero también eran compasivos. La imagen arquetípica de la deidad era el Olímpico – el atleta – poderoso, sano y esbelto, listo para lidiar con todos los contendientes. La victoria era la avenida principal hacia la deificación, y los generales, los césares y los atletas eran encarnaciones de estos atributos divinos. El mal era atribuido a la materia en un mito de la creación en el cual el ámbito del espíritu puro (la Idea, la Mente) estaba relacionado con la deidad y donde la materia pura estaba asociada con lo demoníaco. La “Caída,” en la religión Griega, fue el resultado del tropiezo del espíritu quien cayó del ámbito espiritual a la “prisión” físico-temporal de la existencia terrenal. La tradición Platónica especialmente enfatizaba la redención como un escape de lo terrenal, lo temporal, material y sensual hacia lo celestial, eterno, espiritual y racional.

Mucho del Nuevo Testamento fue escrito teniendo este contexto cultural en mente, especialmente cuando muchos “evangelistas” itinerantes disfrutaban de una creciente popularidad por su combinación de misticismo Griego con el Cristianismo bíblico. De hecho, Pablo se requiere a aquellos en Corinto quienes pensaban que su versión del Evangelio *sensible al buscador* era más relevante como “los súper apóstoles” (2 Cor. 11). Este híbrido emergió como la herejía del “Gnosticismo,” que se deriva de la palabra Griega *gnosis*, o conocimiento. Por “conocimiento,” estos primeros herejes no tenían en mente el tipo de información que viene de los hechos históricos, científicos o materiales, sino que se referían a un conocimiento supuestamente superior que se basaba en la intuición y en la revelación espiritual.

Con este trasfondo podemos entender porqué Juan declaró que “muchos falsos profetas han salido por el mundo.” Él dijo “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4:1-3). Aún antes que el mensaje Cristiano llegue al tema de la Cruz el escándalo para la mente Griega aparece ya en la misma Encarnación. Si lo espiritual es bueno y lo material es malo, ¿Cómo podía un Dios bueno crear la materia, y mucho menos hacerse material? Decir que Dios se hizo humano está bien, si con eso uno quiere dar a entender que adoptó un alma humana o que aparentó tener un cuerpo humano y características humanas. Pero el axioma “Dios se hizo carne” era equivalente a decir, “Dios se volvió lo que es esencialmente malo.”

Así pues el Gnosticismo floreció como una forma de negar la encarnación (que significa literalmente “en-carnar”) mientras les sonaba espiritual y muy religioso a aquellos que buscaban alguna conexión con lo divino dentro de sí mismos. Al seguir a Jesús uno podía volverse verdaderamente iluminado y eventualmente levantarse de la existencia ordinaria terrenal en la que había caído a la vida superior del espíritu.

Mientras esta síntesis de misticismo pagano con el Cristianismo era oficialmente evitada, siempre ha tenido sus partidarios a lo largo de la historia de la iglesia, especialmente en las tradiciones

místicas. Pero recibió su ímpetu más grande en el triunfo de la “modernidad.” Permítame explicar brevemente lo que quiero decir con esto.

Durante la Edad Media Tardía un místico Italiano de nombre Joachim de Fiore creó un esquema en el que la historia estaba dividida en la Era del Padre, la Era del Hijo y la Era del Espíritu. El Antiguo Testamento, que correspondía a la primera era, se distinguía por su deidad cruel y severa que ordenó la matanza de grupos enteros de pueblos. Conocemos de la Era del Hijo como el período en el cual el “buen Dios,” Jesucristo, suavizó los rasgos más rigurosos de la deidad Judía. En la aparición de Cristo aprendimos por primera vez sobre la gracia, y la iglesia fue fundada, con su manera “material” de adorar a Dios por medio de los sacramentos (pan, vino, agua) y palabras (la Escritura). Pero todavía quedaba un período aún más grande de desarrollo histórico: la Era del Espíritu, cuando la iglesia institucional sería eclipsada por la hermandad universal del hombre y la Palabra y los Sacramentos se volverían innecesarios por la vida intuitiva del Espíritu.

El comentario de Joachim sobre el Apocalipsis era bastante popular, especialmente entre los Franciscanos Espirituales, un grupo que estaba convencido de que la Iglesia institucional de Roma se había vuelto tan mundana y corrupta que incluso las órdenes monásticas (incluyendo a los seguidores de San Francisco de Asís, quienes negaban el mundo) eran sinagogas de Satanás.

Aunque fueron oficialmente condenadas las enseñanzas de Joachim obtuvieron amplia popularidad durante el Renacimiento cuando grandes humanistas como Petrarca detectaron el misticismo Platónico Griego inherente en el sistema y aprobaron efusivamente su énfasis en la “espiritualidad” en lugar del dogma, el credo y la historia. Petrarca visionaba el Renacimiento como la Era del Espíritu, cuando la divinidad en toda persona realizaría una religión universal de paz espiritual y de armonía.

Irónicamente, el período de la Reforma, lejos de aplacar este razonamiento aceleró su prominencia. Los Reformadores mismos se opusieron a los “Maniqueos” (i.e., otro nombre para los “Gnósticos”) en la forma de los Anabaptistas. Estos herederos de las sectas medievales a menudo argumentaban que la Palabra y los Sacramentos habían sido reemplazados por el Espíritu. Apodados como la “Reforma Radical,” los líderes de este movimiento, tales como Menno Simmons (homónimo de los Menonitas) fueron refutados por Calvino por su doctrina del “cuerpo celestial” de Jesús. Argumentando que la Virgen María era meramente un “canal” o “conducto” por medio del cual Dios vino a la tierra, Menno negaba la realidad del nacimiento virginal y, por lo tanto, negaba la verdadera humanidad de Cristo. En contra del Reformador Polaco, John a Lasco, Menno afirmaba, “que no hay ni siquiera una letra que se encuentre en todas las Escrituras que diga que la Palabra asumió nuestra carne; o que la naturaleza divina se unió de manera milagrosa con nuestra naturaleza humana.”

Calvino contestó al avivamiento Anabaptista del Gnosticismo y el Maniqueísmo yendo a través de veintenas de pasajes Bíblicos que describen la humanidad de Cristo. Comienza con la historia del Antiguo Testamento: “Pues la bendición no es prometida en una simiente celestial ni en un hombre ilusorio, sino en la simiente de Abraham y Jacob. Ni tampoco se le promete un trono eterno a un hombre de aire, sino al Hijo de David y fruto de sus lomos.” Calvino enfatiza las genealogías históricas y la condición Judía del Hijo del Hombre para defender la ascendencia humana de Cristo. Además, Cristo estuvo “sujeto a hambre, sed, frío y otros padecimientos de nuestra naturaleza.” Él “expió en nuestra carne” la deuda que nosotros debíamos. “Y Mateo no describe aquí a la virgen como un canal a través del cual fluyó Cristo.” Al asumir nuestra humanidad Cristo dignificó nuestra humanidad y comprobó que no hay nada malo con la materia

o en la naturaleza humana en sí misma, tal y como Dios la creó, sino que el mal y la pecaminosidad han de ser adjudicados a la voluntad y al deseo perverso de la criatura.

En otras palabras, la cosmovisión Judía es diametralmente opuesta a la perspectiva Griega. A lo largo del Antiguo Testamento Dios está involucrado en la materia. Él crea tanto los cielos como la tierra, gobierna a ambos en su Providencia incluso después de la Caída, y redime a su pueblo en el tiempo, la historia y el mundo no del tiempo, la historia y el mundo. El Judío no se hallaba del todo inconforme con su humanidad, no se irritaba ante la realidad de su existencia física limitada al tiempo, sino que miraba este mundo como el escenario o “teatro maravilloso” (la frase de Calvino) en el que la gloria de Dios se demostraba por medio de la providencia y la redención. No solamente el Hijo de Dios se hizo carne; él redimió la carne pecaminosa (el cuerpo lo mismo que el alma), y toda la persona, cuerpo y alma, está involucrada en la santificación (cf. Romanos 6) y en la resurrección y glorificación finales (cr. 1 Cor. 15).

Sin embargo, los elementos de la Reforma radical y del Renacimiento, que mediaron esta antigua herejía del misticismo Griego se convirtieron en los ladrillos que echarían el cimiento para la Torre de Babel que ahora hemos visto colapsar ante nuestros mismos ojos: la modernidad.

El filósofo Alemán G. F. Hegel (siglo diecinueve) fue fuertemente influenciado por la visión de Joachim de Fiore y empleó su esplendor en la creación de un sistema filosófico que enfatizaba la evolución de la humanidad de la materia al espíritu, del cuerpo a la mente, de lo inferior a lo superior. “Dios” es esta escalada evolucionista hacia el cual toda la historia se está moviendo, de manera que finalmente todo será “Dios” y “Dios” será todo. Por medio de una sinuosa espiral de tesis (“el cielo es blanco”), antítesis (“el cielo es negro”) y síntesis (“el cielo es tanto negro como blanco”), la historia progresará hacia su destino final. La Gnosis – el conocimiento secreto obtenido a partir de esta dialéctica de tesis-antítesis-síntesis – será al menos alcanzado aparte de una autoridad externa.

A partir de este proyecto hemos heredado la trinidad de la “modernidad”: las ideas de progreso, racionalismo y optimismo. Irónicamente estas ideas no son auto-evidentes en la naturaleza, o discernibles en la historia, no importa cómo los intelectuales modernos defiendan sus “creencias racionales” en contra de la “superstición” religiosa.

El proyecto de la Ilustración colaboró en la construcción de las repúblicas Francesa y Americana y alteró las monarquías Británica y Germánica. La visión evolucionista de Hegel de la historia humana de la materia al espíritu es el fundamento del Darwinismo, las ciencias sociales y el pensamiento Marxista. Pero es también el fundamento de muchas de las actitudes y creencias conservadoras Americanas. Después de dos guerras mundiales y de las consecuencias trágicas del optimismo de la Ilustración, del progreso y de la fe en la humanidad, la nota triunfante fue ahogada por el canto fúnebre de la desesperación. La razón triunfaría aparte de Dios, prometía la Ilustración, pero el fracaso de esa empresa fue escrito en las paredes del subterráneo. Aparte de la Palabra, el lenguaje lo explicaría todo. Pero ese sentimiento optimista abrió paso al deconstruccionismo cuando el experimento fracasó miserablemente. Ahora, no hay tal cosa como la racionalidad humana universal; el lenguaje es nada más una herramienta ingeniosa del opresor al subyugar al menos afortunado por medio de la verborrea retórica.

Sin embargo, a pesar de que los pecados de los padres conducen a los hijos al arrepentimiento, los intelectuales “postmodernos” continúan viviendo del capital prestado de sus padres despreciados. El nudo que vincula a los racionalistas de la Ilustración, los poetas de la

introspección del Romanticismo, y los clamores existenciales de los Posmodernistas es el Gnosticismo. En tanto que podrían rechazar el optimismo sentimental de sus antepasados, sin embargo, aquellos que hoy se glorían en el término “postmoderno” (el mismo nombre sugiere una idea con la noción de progreso) miran este mundo, no como el escenario de la actividad de Dios, sino como un lugar foráneo donde su espíritu está aprisionado en la materia, el tiempo y la historia. Como los antiguos Gnósticos los liberales modernos se han avergonzado no solamente del Evangelio de la Cruz y la Resurrección, sino de la misma Encarnación. Han separado por la fuerza al así llamado “Cristo de la Fe” del “Jesús de la Historia,” y han insistido en que la verdad del Cristianismo se encuentra en sus efectos y experiencias internas, no en su historicidad externa y en su realidad terrenal. Rudolf Bultmann, por ejemplo, evidenciaba el típico trasfondo pietista de la apostasía del siglo veinte al declarar que aunque la resurrección no ocurrió en la historia, lo importante es que ésta ocurrió en su corazón, en su propia experiencia personal Cristiana. Al escapar de este mundo a través de la introspección espiritual, el hedonismo o el consumismo, los Gnósticos posmodernos no están más felices con el ser humano de lo que lo estaban los poetas que les precedieron. La diferencia es que ellos han abandonado el “proceso” de evolución de la materia al espíritu, de lo humano a lo divino – al menos, en principio.

La mayoría de los teólogos liberales Alemanes alababan las influencias Griegas sobre el Cristianismo y desdeñaban las influencias Judías, siguiendo el propio desdén de Nietzsche por las últimas. (“El pecado,” declaró, “es un sentimiento Judío, una invención Judía y, en vista de este trasfondo... el Cristianismo ha intentado en realidad Judaizar a todo el mundo. Cuánto éxito ha tenido en Europa se ve mejor en el grado en que la novedad de la antigüedad Griega – un mundo sin el más mínimo sentimiento de pecado – aún tiene para nuestras sensibilidades.” “Para un Griego,” concluyó, la idea de pecado y gracia “sería tanto risible como chocante.” Así pues, toda categoría concebible de Cristianismo era una ofensa para el pagano, como lo es para el Americano moderno – y por muchas de las mismas razones. El Americano moderno no quiere darle la bienvenida a un Dios que se vuelve parte de la situación humana; él quiere escapar de su humanidad y “realizarse a sí mismo” por medio de ir hacia su propio interior o seguir marchando *sin* esa chispa divina. La Encarnación, la Cruz, el Juicio y la Justificación – estas son ideas, se nos dice, que ya no funcionan en el contexto contemporáneo. Por lo tanto, debemos cambiar el mensaje Cristiano para contestar las preguntas que las personas modernas (y postmodernas) están haciendo. Esto es pedirle al Cristianismo que se convierta en un guía en la búsqueda de la auto-realización – ciertamente una búsqueda más Griega que Judía.

Comenzamos con la cita de Nietzsche sobre escalar cuerdas hacia los mástiles más altos, rehusando así aceptar un lugar restringido a la criatura aquí abajo. El nihilista Alemán habló de un “Superman” que eventualmente reemplazaría a la humanidad en el despertar de la “muerte de Dios.” Hitler y Stalin le tomaron a Nietzsche la idea y la hemos encontrado atractiva desde entonces. El “deseo de poder” es el deseo de volverse dioses. “Todo hombre sería Dios, si pudiera,” dijo Nietzsche. Puede que no tengamos el poder para volvernos superhombres, pero sí tenemos el deseo. Está en nosotros desde la Caída del primer Adán, el primer hombre que quiso volverse Dios.

De manera que, ¿Qué tiene que ver todo esto con la Navidad? Mucho. Primero, en contra de la sabiduría Griega y sus vástagos los Gnósticos, el Cristianismo afirma una buena creación por parte de un buen Creador. El pecado y el mal son entendidos en términos morales, no metafísicos. Esto es importante especialmente en nuestro día, mientras el dualismo metafísico de los Gnósticos, Maniqueos, entusiastas sectarios de antaño, y entusiastas seculares de la era moderna, es a menudo también asumido por muchos evangélicos que están obsesionados con el

proyecto de la “guerra espiritual” inspirado por las novelas de Frank Peretti y las ideas tipo *La Viña* de Peter Wagner, Neil Anderson y una hueste de escritores populares. Además, la Caída bíblica no es de la luz a las tinieblas o del espíritu a la materia, o del cielo a la tierra, sino de la obediencia a la desobediencia y las consecuencias no son que el espíritu debe soportar una prisión de carne, tiempo e historia, sino que la maravilla y belleza de esta libertad creada en este glorioso mundo no puede disfrutarse como Dios tiene la intención debido a nuestra propia depravación lo mismo que a la depravación de otros. El mensaje bíblico no es el de Dios y los hijos de la luz en contra de la naturaleza y los hijos de las tinieblas, con los “chicos buenos” y los “chicos malos” envueltos en batallas con espíritus territoriales para decidir la batalla a favor de Dios. Tampoco el Cristiano ha de distinguir entre una parte “espiritual” de la vida y un lado “secular” o “mundano.” Incluso el crecimiento de una sub-cultura evangélica, desdeñando al mundo incluso mientras remeda las formas más minuciosas de mundanalidad, es una señal de un alto nivel de disconformidad no con la pecaminosidad, sino con el ser verdaderamente humano. Pero la redención, entonces, en el esquema Cristiano, no es salvación del alma o el espíritu individual de la existencia terrenal, histórica y corpórea, sino la salvación de este mundo y la redención del tiempo y la historia, donde la encarnación y la resurrección del Dios-Hombre logró la victoria allí donde han fallado todos los intentos humanos en progreso hacia lo celestial y lo espiritual; intentos hechos por parte del aspirante a Hombre-Dios.

Decir que un hombre se hizo Dios no es más que lo que los Griegos hubieran deseado creer, como los “despreciadores de la cultura” de Schleiermacher insistían en sus emotivos himnos a su propia deificación. ¡Eso es una victoria! ¡Un triunfo por parte de la humanidad! Un hombre soportaba las luchas y pruebas de la existencia material e histórica y, peldaño a peldaño, subía en la escalera hasta el mástil del mismo cielo. Por último, el desvalido gana al final de la película y todos exhalan un suspiro de alivio. Pero decir que Dios se hizo hombre humillándose a sí mismo, soportando la vergüenza e incluso la ira del mismo Dios, y que luego ganó la victoria – no por el progreso, sino por el retroceso; no por el ascenso hacia el cielo, sino por el descenso a la tierra y al infierno, es algo que desafía toda la iniciativa humana.

Gracias a Dios que lo hace. En esta Navidad tengamos cuidado de los anticristos y falsos profetas que niegan que Cristo ha venido en la carne, incluso en la sutileza de villancicos que intentan que creamos con respecto al Divino Infante que “No expresó llanto.” Pues en Cristo Dios no solamente nos reconcilió, sino que entró en nuestra propia historia de espacio-tiempo y le dio sentido al sufrimiento, la muerte, el mal y la justicia. Abracemos este mundo como Dios lo hizo y lo hace, y pacientemente esperemos la consumación, cuando nuestro Hermano, ya no el bebé del pesebre, juzgará al mal y hará nuevas todas las cosas.

Para Lectura Adicional:

Philip Lee, *Contra los Gnósticos Protestantes* (Oxford: Oxford University Press, 1990).

David Walsh, *Tras la Ideología* (New York: Harper Collins, 1993) y Barrs, *Sobre Ser Humano* (Downers Grove, IL: IVP).

Hans Jonas, *La Religión Gnóstica* (Boston: Beacon, 1958, segunda ed. reimpressa en 1991).

Sn. Ireneo, *Refutación y Derrocamiento del Falsamente así llamado Conocimiento* (generalmente conocido como *Contra las Herejías*). Este puede encontrarse en los Padres Antenicanos, volumen 1, o en una variedad de otras colecciones de los clásicos de la iglesia primitiva.

El Dr. Michael Horton es el Presidente del Concilio de la Alianza de Evangélicos Confesantes, y es profesor asociado de teología histórica en el Seminario Teológico Westminster en California.

El Dr. Horton es un graduado de la Universidad Biola (B.A.), del Seminario Teológico Westminster en California (M.A.R.) y del Salón Wycliffe, Oxford (Ph.D.). Algunos de los libros que ha escrito o editado incluyen *Regresando el Asombro a la Gracia*, *Más Allá de las Guerras Culturales*, *En el Rostro de Dios*, y más recientemente, *Una Teología Confesante para los Tiempos Postmodernos*.